

## LAS REFLEXIONES DE MILL SOBRE LA RELACIÓN DEL HOMBRE CON LA NATURALEZA

*Gerardo López Sastre*

Universidad de Castilla-La Mancha

**Abstract:** Can the way Nature acts be a model to imitate? Isn't it a praise to say that something is natural? The problem is that if we understand Nature as the whole or totality of everything that happens, it is pure nonsense to recommend following the precepts of Nature, as it is something we cannot avoid doing. On the contrary, if we understand as natural everything that happens without the voluntary participation of men, we are not making the advice to follow Nature more convincing, because most human actions have as their end to correct the suffering and diseases that the ways of Nature create. But if it is true that Mill presents these ideas in his essay *Nature*, we cannot forget that in other works he insists on the formative value for one's character of the contemplation of natural beauties; and this last thesis has important political consequences we are going to bring out.

**Keywords:** Nature, human actions, Stuart Mill.

AL mismo tiempo que iniciaba la redacción de este escrito estaba preparando un artículo sobre el concepto de virtud en David Hume y en sus predecesores. Leyendo un libro sobre esta temática encontré una cita de las *Characteristics of Men, Manners, Opinions, Times* de Lord Shaftesbury que reproduzco parcialmente: “¡Oh gloriosa naturaleza! ¡Supremamente inmaculada y soberanamente buena! ¡Toda amor y toda belleza, toda divina ... cada una de cuyas obras brinda un escenario más amplio y es un espectáculo más noble que todo lo que jamás haya presentado el arte! ¡Oh poderosa naturaleza! Sabia sustituta de la Providencia ... Yo le canto al orden de la naturaleza en los seres creados ...”.<sup>1</sup> La Naturaleza aparece aquí verdaderamente divinizada, lo que suele ser –me atrevo a comentar– un paso previo para demostrar a partir del orden de la misma la existencia de un dios que la habría creado. Pero siempre cabe preguntarse, ¿es esta una descripción adecuada y completa de la Naturaleza? ¿Cómo hacer que encaje, por ejemplo, con la observación de Leopardi de que la Naturaleza no tiene más corazón ni preocupación por el linaje humano que por las hormigas? Y una vez que descubrimos –como es demasiado fácil hacer– que la Naturaleza con frecuencia nos maltrata y nos tortura, ¿qué consecuencias teológicas habrá que extraer? Es más, la creencia en la perfección de la Naturaleza, ¿no ha sido un obstáculo para el progreso científico? ¿Para qué habría que enmendar y corregir lo que ya es de suyo tan perfecto

---

<sup>1</sup> Citado por Thomas A. Horne en *El pensamiento social de Bernard Mandeville. Virtud y comercio en la Inglaterra de principios del siglo XVIII*. Traducción de Celia Aidé Paschevo. FCE, México, 1982, p. 90.

como admirable? ¿No habría más bien que limitarse a imitarlo? No es sólo, entonces, que la consideración de la Naturaleza que tan bien ejemplifica Shaftesbury sea falsa, es que además resulta ser perjudicial para el desarrollo de la humanidad. ¿Qué pensar, entonces, de las creencias religiosas que usualmente se obtenían a partir de la misma? Estos son algunos de los temas que preocuparon a John Stuart Mill, y que de alguna manera siguen dando que pensar a nuestra época. No es, por lo tanto, ocioso analizar sus planteamientos y ver qué consecuencias cabe extraer de los mismos.

Mill se lamentará de que Platón no escribiera un diálogo sobre la Naturaleza en el que se examinasen y analizaran las ideas que denota esta palabra. Ya que no lo hizo, nuestro autor se sentirá obligado a emprender esa tarea. En su ensayo titulado simplemente *Naturaleza* comienza observando que usualmente se acepta como prueba de la bondad de una forma de pensar, sentir o actuar el que se suponga que está de acuerdo con la Naturaleza. Por el contrario, estar en contra de la misma, ser “antinatural”, es un epíteto injurioso. Pues bien, ¿qué significa hablar de Naturaleza? Mill piensa que debemos partir de dos significados principales de la palabra. En un primer sentido es un nombre colectivo para todo lo que es (los poderes y propiedades de todas las cosas) y para todo lo que ocurre en el mundo. En un segundo sentido significa todo lo que es por sí mismo, todo lo que tiene lugar sin la intervención voluntaria del hombre. Pues bien, ¿en cuál de estos sentidos se toma la palabra “Naturaleza” cuando se utiliza para transmitir ideas de recomendación, aprobación, e incluso obligación moral? Quienes afirman que deberíamos actuar conforme a la Naturaleza, que la misma debería ser nuestro modelo a seguir o imitar, pues es la norma de lo correcto y lo incorrecto, ¿a qué significado se están refiriendo?

Si entendemos por “Naturaleza” todo lo que es, parece obvio que resulta absurdo recomendar actuar de acuerdo con ella, pues se trata de algo que no podemos dejar de hacer. Como escribe Mill: “No hay forma de actuar que no esté de acuerdo con la Naturaleza en este sentido del término, y todas las formas de actuar están de acuerdo con la Naturaleza exactamente en el mismo grado. Toda acción es el ejercicio de algún poder natural, y sus efectos de todas clases son tantos fenómenos de la naturaleza, producidos por los poderes y propiedades de algunos de los objetos de la naturaleza, en obediencia exacta a alguna ley o a algunas leyes de la naturaleza”.<sup>2</sup> Luego, en este sentido, todo lo que hacemos es natural, y ello incluye tanto el bien como el mal. No sólo, por tanto, resulta completamente superfluo pedirnos actuar de una forma que inevitablemente hacemos, además es que carece de todo valor a la hora de orientarnos moralmente. Hemos de pasar, entonces, al segundo sentido; aquel en el que la Naturaleza se distingue del arte, de lo artificial, y sólo denota el curso espontáneo de las cosas, previo a la interferencia humana. La pregunta queda, por tanto, formulada de la siguiente manera: ¿es el curso espontáneo de las cosas, dejadas a sí mismas, un modelo a seguir por los seres humanos? Seguir esta máxima implicaría no entrometerse con la misma: o no actuar en absoluto, o hacerlo sólo en obediencia a los instintos, puesto que éstos pueden quizás considerarse como parte del orden espontáneo de la Naturaleza. Pero esta recomendación no puede ser más absurda. Aunque nuestras acciones no pueden evitar conformarse a la Naturaleza entendida en el primer sentido del término, parece claro que el gran objetivo de nuestros esfuerzos es alterar, mejorar y conquistar el curso espontáneo de la Naturaleza, no seguirlo. Lo cierto es que los

<sup>2</sup> J. S. Mill, *Nature*, en *The Collected Works of John Stuart Mill*. Editadas bajo la dirección general de John M. Robson. University of Toronto Press, Toronto, vol. X, p. 379.

poderes naturales y los caminos que recorren aparecen con triste frecuencia como nuestros enemigos. Una plaga de langostas, una inundación, “un cambio químico insignificante en una raíz comestible” pueden provocar el hambre, terribles desgracias, o la muerte de miles de personas. Mediante la investigación científica, el esfuerzo tecnológico y todo lo que llamamos en general “civilización” pretendemos evitar o paliar esas desgracias. Elogiar las actividades técnicas y científicas supone, de hecho, criticar el curso espontáneo de la Naturaleza, reconocer que éste ha de ser corregido o alterado, no imitado. No podría ser de otra forma, porque todo lo que los peores hombres cometen contra la vida y la propiedad de sus prójimos lo realizan los agentes naturales en una escala mucho más grande. Mill escribe: “Todo lo que la gente está acostumbrada a lamentar como ‘desorden’ y sus consecuencias, es precisamente un equivalente de los caminos de la Naturaleza. La Anarquía y el Reino del Terror se ven sobrepasados en injusticia, ruina y muerte por un huracán y una peste”.<sup>3</sup> La conclusión no puede ser más clara: el curso espontáneo de la Naturaleza no puede constituir para nosotros un modelo a imitar: “O es correcto que deberíamos matar porque la naturaleza mata; torturar porque la naturaleza tortura, arruinar y destruir porque la naturaleza hace lo mismo; o no deberíamos considerar en absoluto lo que hace la naturaleza, sino lo que es bueno hacer”.<sup>4</sup> Y los criterios para decidir lo que sea bueno hacer habrá que obtenerlos de otras fuentes distintas que de la mera observación del curso natural.

Planteemos otra pregunta: ¿no se ha considerado como uno de los argumentos más fuertes a favor de otra vida tras la muerte la necesidad de “reajustar la balanza”? Y, ¿no equivale esto a admitir que el orden de las cosas en esta vida es con frecuencia un ejemplo claro de injusticia? Mill concluirá que ni siquiera en base a la teoría del bien más forzada y retorcida que alguna vez elaboró el fanatismo filosófico o religioso puede hacerse que el gobierno de la Naturaleza, su forma de actuar, se parezca a la obra de un ser a la vez bueno y omnipotente. Es aquí donde aparece la dimensión teológica del ensayo de Mill. O mejor dicho, ha estado presente desde el primer momento, porque la concepción que afirma que la disposición general de la Naturaleza es un modelo a imitar tiene usualmente a su base la creencia de que es una obra divina, y como tal perfecta. Y este es un argumento que, según Mill, simplemente no se sostiene. ¿No vemos que a través de toda la Naturaleza animada los más fuertes devoran a los más débiles? ¿Puede llamarse a esto perfección? Pero no es sólo que estemos ante una conclusión claramente ilegítima, es que además ha supuesto un importante obstáculo para el progreso de la humanidad. Puesto que se tenía conciencia de que todos los intentos del hombre por mejorar su suerte implicaban una crítica del orden espontáneo de la Naturaleza (si no, ¿por qué hacer algo que puesto que no podría mejorar las cosas necesariamente empeoraría nuestra situación?), esos intentos eran vistos como sospechosos. ¿No eran una interferencia con la voluntad de ese dios o de esos dioses que se suponía que gobernaban los diversos fenómenos del universo? ¿No estaban así los hombres intentando presuntuosamente derrotar o desbaratar los designios de la Providencia? Puesto que parece que aplicar a cualquier acción esta sospecha nos condenaría a la inactividad más absoluta, Mill observa que lo que suele ocurrir normalmente es que algunas partes especiales del conjunto del orden espontáneo de la Naturaleza, seleccionadas de acuerdo con las predilecciones del creyente, se conside-

<sup>3</sup> *Op. cit.*, p. 386.

<sup>4</sup> *Ibid.*

ran como las verdaderas manifestaciones de la voluntad del Creador, como una clase de postes indicadores de qué dirección se pretende que tomen nuestras acciones voluntarias. Esto es introducirse en el terreno de la arbitrariedad más completa, porque, ¿cómo decidir que algunas de las obras del Creador son expresiones más verdaderas de su carácter que el resto? Podríamos utilizar el criterio de que todo lo que produce el bien es lo que debemos imitar, pero entonces parece evidente que estamos utilizando un criterio de bondad (de dondequiera que lo hayamos obtenido) para distinguir y clasificar los fenómenos naturales, y no utilizando a la Naturaleza para que nos proporcione ese criterio de bondad.

En todo caso, dentro de esa arbitrariedad general que el creyente religioso acaba practicando, no es inusual afirmar que nuestros instintos y propensiones naturales constituyen las indicaciones que debemos seguir; que cuando el Autor de la Naturaleza creó las circunstancias en las que se desenvuelve nuestra vida puede que no haya pretendido indicar el modo en que debíamos adaptarnos a las mismas, pero que cuando implantó en nosotros estímulos positivos, propulsándonos hacia una clase particular de conducta, resulta imposible dudar de sus pretensiones. Puesto que este argumento conduce a la conclusión de que Dios pretende todo lo que hacen los hombres (puesto que todo lo que hacemos tiene detrás algún impulso), ha habido que matizarlo distinguiendo entre el hombre tal como Dios lo ha hecho, y el hombre tal como se ha hecho a sí mismo. El hombre sería responsable de los actos que implican deliberación, mientras que la parte irreflexiva sería la contribución de Dios. El resultado es, escribe Mill, esa vena de sentimiento tan común en el mundo moderno que exalta el instinto a costa de la razón. ¡Seamos naturales!, ¡sigamos nuestros instintos! Pero, y aquí merecería la pena destacar las semejanzas entre Mill y Freud, ¿no son el egoísmo y la crueldad naturales en el hombre? ¿No existe en el mismo, además, un “espíritu destructivo”, un instinto de destruir por el mero placer de destruir, y un instinto de dominio, un deleite en el ejercicio del despotismo? Si antes habíamos insistido en que el hombre ha de enmendar la Naturaleza exterior, no podemos sino concluir que también ha de enmendar la naturaleza interior (que el creyente considera que Dios le ha dado). Pero, ¿y si esa naturaleza interior, esos instintos no fueran obra divina? Mill piensa que puede que el creyente solucionara muchas de las dificultades a las que de otra forma se ve expuesto si aceptase que aunque su divinidad es benevolente, no es todopoderosa. Entonces, no tendría que hacer malabarismos mentales para evitar atribuir el mal a Dios o justificar un mal aduciendo un bien mayor que se consigue gracias a la presencia del mismo. Podría reconocer fácilmente que el mal existe porque la divinidad creadora no pudo hacer todo lo que le hubiera gustado; pero este es un camino por el que, al menos en este escrito, no vamos a seguir el planteamiento de Mill. Concluiremos este punto resaltando lo profunda y personalmente que nuestro autor se sentía tocado por el mismo. Escribirá en un tono patético que si la vida humana está gobernada por seres superiores, ¿en qué gran medida debe el poder de las inteligencias malévolas sobrepasar al de las buenas!, cuando un alma y un intelecto como el de su amada Harriet Taylor, “tales que el principio del bien jamás logró crear con anterioridad; cuando una persona que parece haber sido destinada a habitar en algún cielo remoto, y a la cual no le falta nada, excepto una posición de poder, para convertir en cielo incluso esta tierra estúpida y miserable; cuando un ser así, digo, *debe*, igual que todos nosotros, perecer dentro de unos años, o *quizá* dentro de unos meses, por causa de una alteración en la estructura de unas cuantas fibras y membranas

[Harriet Taylor padecía una tuberculosis pulmonar] que encuentran exacto paralelo en todo cuadrúpedo. Si se tratara solamente de un cambio de residencia, y no de una aniquilación... Pero, ¿dónde está la prueba? ¿Y dónde el fundamento en que basar nuestra esperanza, cuando sólo podemos juzgar acerca de la probabilidad de otro estado de existencia o –si de hecho lo hay– acerca de cómo es gobernado, por analogía con la única otra obra que es fruto de los mismos poderes y de la cual tenemos conocimiento, a saber, este mundo de cosas empezadas y no acabadas, de promesas no realizadas y de empeños frustrados; un mundo cuya única regla y objeto parece ser la producción de una perpetua sucesión de frutos, de los cuales casi ninguno está destinado a madurar y, si madura, es sólo para durar un día?”.<sup>5</sup> Es estas últimas frases se encuentra una descripción muy precisa de lo que para Mill era la Naturaleza. Algo que ha de ser dominado en función de nuestro bienestar. Y, sin embargo, Mill observará que no produce mucha satisfacción “contemplar un mundo en el que no queda nada de la actividad espontánea de la naturaleza; en el que se ha puesto en cultivo todo pedazo de terreno que es susceptible de producir alimentos para los seres humanos; en el que han desaparecido los pastizales floridos devorados por el arado; se ha exterminado, como rivales que nos disputan los alimentos, a los cuadrúpedos y los pájaros que no han sido domesticados para uso del hombre; todos los setos y los árboles superfluos arrancado de raíz, y en el que casi no queda un sitio donde pueda crecer una flor o un arbusto silvestre sin que se los destruya como una mala hierba en nombre del progreso agrícola”.<sup>6</sup> Aquí Mill se manifiesta muy preocupado por la posible desaparición de la capacidad de relacionarnos con la Naturaleza en términos distintos del mero dominio técnico de la misma, por ejemplo a través de la contemplación estética y la poesía. Él, desde luego, pasó su vida amando los paisajes que tenía ocasión de contemplar a lo largo de las frecuentes excursiones campestres a las que se aficionó muy pronto, y en las que también podía satisfacer su afición por coleccionar plantas. Preocupado, entonces, por la destrucción de las bellezas naturales, la alternativa que va a ofrecer consistirá en destacar que no tiene ninguna importancia el que se dupliquen los medios de consumo de cosas que no producen otro placer que el de permitirnos sobresalir sobre los demás. El convencimiento de esto nos permitiría ver como deseable un estado estacionario de la economía. Nos permitiría desembarazarnos –diríamos hoy– del ideal de un progreso económico que tiene mucho de despilfarro y de grave amenaza para el medio ambiente, y no tanto de calidad de vida. Entraríamos entonces en una situación donde la preocupación central de las personas no estaría en el mundo de la producción, sino en el arte de vivir.<sup>7</sup> Sería en este tipo de situación donde podría alcanzar importancia social lo que Mill denominaba la verdadera religión de la humanidad: la difusión de un sentido de unidad de todas las personas y de un profundo sentimiento por el bien común. Estamos muy cerca de aquello en lo que Edgar Morin y

<sup>5</sup> *Diario*. Edición de Carlos Mellizo. Alianza Ed., Madrid, 1996, pp. 32-33.

<sup>6</sup> J. S. Mill, *Principios de economía política*. Traducción de Teodoro Ruiz, revisada por C. Lara Beattell. FCE, México, 1985, Libro IV, cap. 6, secc. 2, p. 643. Hemos modificado ligeramente la traducción para que se corresponda mejor con el original inglés.

<sup>7</sup> Lo que para Mill, con un espíritu verdaderamente clásico, implica el desarrollo de la capacidad de las personas para estar con frecuencia a solas. Así, escribirá: “La soledad ... es esencial para lograr una meditación y un carácter; y la soledad es presencia de las bellezas naturales y de sus grandezas, es cuna de pensamientos y de aspiraciones que no sólo son buenos para el individuo, sino que la sociedad no puede prescindir de ellos.” *Ibid.*

Anne Brigitte Kern insistieron hace unos años en *Tierra-patria*, que la Tierra era nuestra patria, y que era importante hacer un llamamiento a favor de una nueva religión que nos vinculara de forma solidaria y que “comportaría una misión racional: salvar el planeta, civilizar la tierra, realizar la unidad humana y salvaguardar su diversidad”.<sup>8</sup>

---

<sup>8</sup> *Tierra-patria*. Traducción de Manuel Serrat. Ed. Kairós, Barcelona, 1993, p. 218.